

STEVEN NADLER, *The Philosopher, the Priest, and the Painter. A Portrait of Descartes*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 2013. 230 páginas.

La principesca orden que nuestra libertad plantó  
A la fuerza española se contraponen  
Y, hablaré claro, a las criaturas sucias de Babel<sup>1</sup>.

Dicen que René Descartes (1596-1650) no era un filósofo al que le gustase pasar desapercibido, ni que su mayor virtud fuese la modestia. Sin embargo, algunos segmentos y episodios de su vida continúan envueltos en brumas nórdicas y componen un cuadro bastante diferente al paisaje de líneas deductivas e imponentes, soles brillantes y categorías diáfanos de su filosofía. Algo en lo que parece haber reparado Steven Nadler<sup>2</sup> para proponernos un relato entre biográfico, filosófico y literario (con ribetes pictóricos) sobre los años que Descartes vivió —entre 1635 y 1649— en Egmond de Abdij, hoy conocido como Egmond-Binnen. Se trata de un pueblito interior situado entre el sur de la península

holandesa de Alkmaar, adentrada en el gélido Mar del Norte, y la próspera ciudad de Haarlem.

El hilo narrativo que el autor busca desmadejar arranca con “Un cuento sobre dos pinturas” (pp. 1-7) como prólogo. En él nos inicia en la intriga de un retrato sin firma de Descartes que se encuentra en el ala Richelieu del Museo del Louvre, dedicada a la pintura flamenca del siglo diecisiete. Durante largo tiempo, este cuadro se atribuyó a la autoría del gran pintor y retratista holandés, Frans Hals (1582-1666). Si bien la pintura está catalogada como la copia de un original perdido, es posible —al menos así lo deja entrever Nadler— que este sea la copia del retrato

---

<sup>1</sup> “The princely order that our freedom sowed, / ’Gainst Spanish force its counter force opposing, / And Babel’s filthy creatures (I’ll speak plain)”. Versos de Constantijn Huygens (1596-1687), citados en p. 52. Escritor, poeta y músico, traductor de los poemas de John Donne al neerlandés. Trabajó como secretario y diplomático para la dinastía de Orange, junto a Frederik Hendrik (1584-1647) y su hijo, Willem II (1626-1650). Según Nadler, Huygens frecuentaba con cierta asiduidad el círculo de intelectuales de Muiden (*Muiderkring*) al que también asistían los amigos de Descartes. A pesar de su calvinismo algo más que ortodoxo y del poema citado (que él compuso al enterarse que una de sus contertulias, Maria Tesselchade [1594-1649], se había convertido al catolicismo), Nadler sostiene que fue un hombre “tolerante e influyente”, que pudo poner al servicio de sus amigos católicos la ayuda e intermediación necesaria en caso de peligro para esta minoría (*ibidem*).

<sup>2</sup> Steven Nadler es profesor de Filosofía en la Universidad de Wisconsin-Madison. Entre sus publicaciones destacan: *Rembrandt’s Jews*, The University of Chicago Press, Chicago & London, 2003; la biografía *Spinoza: A life*, Cambridge University Press, Cambridge, UK & New York, 1999; y *A Book Forged in Hell: Spinoza’s Scandalous Treatise and the Birth of the Secular Age*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 2011.

que efectivamente Hals pintó<sup>3</sup> con Descartes como protagonista y que en la actualidad se encuentra en la Galería Nacional de Dinamarca, en Copenhague. Nadler se propone investigar sobre el contexto biográfico e histórico de esta obra de arte para devolver la “originalidad y brillo” perdidos a la obra de Hals y, simultáneamente, para aprovechar la “oportunidad de presentar a Descartes y su filosofía a un público más amplio” (p. 7)<sup>4</sup>. Pero Nadler no es un divulgador. Uno de los grandes logros de este libro es quizás la combinación tan bien ponderada entre los aspectos históricos y biográficos con los puramente epistemológicos y teológicos de la obra de Descartes. A lo que habría que sumar los análisis y comentarios del profesor Nadler no solo respecto a la pintura de Hals, sino también a algunos maestros flamencos del mismo período como Jacob Isaacksz van Ruisdael (1629-1682), Johannes Vermeer (1632-1691) o Jan Lievens (1607-1674), entre otros. En este sentido, la inclusión de varias de las reproducciones comentadas, tanto en color como en blanco y negro, regalan al lector la oportunidad de ir paladeando los encantos y las sutilezas de los *burghers* del siglo de oro holandés, esos personajes casi siempre retratados en claroscuro.

Los capítulos iniciales están destinados a presentar a los tres protagonistas de este libro. En “The Philosopher” (pp. 8-35), Nadler hace un esbozo muy escueto del escenario político y religioso en el que se introduce Descartes, a partir de su llegada a los Países Bajos. *Sieur du Perron*, como se hacía llamar el filósofo, había llegado para instalarse en tierras holandesas como exiliado voluntario hacia 1629, tras una década de alternar distintos viajes por el centro de Europa con residencia en París. En más de una ocasión, Descartes declara que “como mucha gente sabe, vivía de forma confortable en [su] país de origen”. No obstante, sostiene:

Mi única razón para elegir vivir en otro sitio es que tenía tantos amigos y parientes a los que no hubiera podido dejar de atender por lo que me hubiese quedado poco tiempo disponible para continuar con los estudios que disfruto y que, según muchos, contribuirán al bien común de la raza humana (pp. 26-27)<sup>5</sup>.

Además de la soledad y la lejanía para poder concentrarse en sus trabajos científicos, Nadler cita otra carta suya en donde admite que las cualidades que más le cautivaron de su país de adopción (Descartes

<sup>3</sup> Nadler indica que el retrato de Copenhague tampoco lleva la firma de Hals. Sin embargo, tras un análisis estilístico, los estudiosos y curadores acuerdan atribuírselo al maestro flamenco, al tiempo que sostienen que otros retratos del filósofo, como el del Louvre, el de la Universidad de Ámsterdam o el del Museo de Arte de Helsingborg, en Suecia, serían copias de artistas posteriores del original pintado por Frans Hals (pp. 3-5).

<sup>4</sup> “At the same time such a project is a prime opportunity for presenting Descartes and his philosophy to a broad audience”.

<sup>5</sup> “As many people know, I lived in relative comfort in my native country. My only reason to live elsewhere was that I had so many friends and relatives whom I could not fail to entertain, and that I would have had little time and leisure available to pursue the studies which I enjoy and which, according to many people, will contribute to the common good of the human race”.

no volvería a Francia, más que para visitas breves) fueron el orden y la seguridad que se instalaron en los Países Bajos del norte tras largos años de guerra con España. En un comentario algo más que sugerente, Descartes se maravilla de que “el orden que los ejércitos mantuvieron [en Holanda]... parece servir solo para hacer el disfrute de los frutos de la paz más seguros” (ibidem)<sup>6</sup>. Se sabe, *Sieur du Perron* era un personaje al que, en cierta forma, le fascinaba la guerra y la ingeniería militar<sup>7</sup>. La encontraba más estimulante para el pensamiento científico y también la veía como un laboratorio de experimentación mucho más entretenido que los ejercicios escolásticos que había aprendido con sus maestros jesuitas de La Flèche. Leyendo parte de la correspondencia que Nadler cita, es fácil imaginarlo a la caza de experiencias mucho más certeras y definitivas que el

conocimiento de “las letras” que lo habían nutrido desde su infancia. Saberes de los que él abjura con gran desasosiego pues no le habían reportado otra cosa más que “un incrementado reconocimiento de [su] propia ignorancia” (p. 13)<sup>8</sup>.

Los dos capítulos siguientes, “The priest” (pp. 36-54) y “The Painter” (pp. 55-86), introducen a los otros dos personajes relevantes para la trama: el monje jesuita Augustijn Alsten Bloemaert —que entablaría un perdurable amistad con Descartes y al que Nadler atribuye el encargo del retrato del filósofo francés que hoy se encuentra en Copenhague— y el maestro flamenco, Frans Hals. Las páginas dedicadas a Bloemaert dan la nota por su discusión del problema de la tolerancia religiosa en las diferentes provincias unidas de la república flamenca. No solamente en Haarlem —la ciudad en la que Blomaert

---

<sup>6</sup> [T]he long duration of the war has led to the establishment of such an order that the armies maintained here seem to serve only to make the enjoyment of the fruits of peace more secure”.

<sup>7</sup> Entre 1618 y 1620 Descartes se alistó al ejército de las Provincias Unidas de los Países Bajos, en Breda, bajo el mando del Conde Maurits Van Nassau (1604-1679). Como gobernador de las provincias de Holanda y Zelanda desde 1585, Maurits Nassau transformó las milicias de esos territorios en un cuerpo de soldados profesional, incorporó al ejército los últimos avances en el estudio de las ciencias naturales, físicas y matemáticas e introdujo reformas tendentes a integrar los trabajos científicos a la disciplina militar. Según Nadler, Descartes desarrolló en este período su interés por la arquitectura militar y la física de los cuerpos en movimiento, en especial, la balística (p. 19).

<sup>8</sup> En una declaración que invierte por completo el sentido de la máxima socrática, Descartes confiesa: “Desde mi infancia he sido nutrido en letras y porque había sido persuadido que a través de ellas uno podía adquirir un claro y certero conocimiento de todo lo que era útil en la vida, estaba extremadamente ávido de aprenderlas. Pero tan pronto como acabé mis cursos... cambié completamente de opinión. Pues me encontré a mí mismo acorralado por tantas dudas y errores que advertí que no había ganado nada de mis intentos por educarme más que un creciente reconocimiento de mi propia ignorancia”. [From my childhood I have been nourished upon letters, and because I was persuaded that by their means one could acquire a clear and certain knowledge of all that was useful in life, I was extremely eager to learn them... But as soon as I had completed the course of study... I completely changed my opinion. For I found myself beset by so many doubts and errors that I came to think I had gained nothing from my attempts to become educated but increasing recognition of my ignorance].

terminaría recalando luego de un largo peregrinaje y más de un desencuentro con las autoridades de la propia iglesia católica— sino también en Ámsterdam, Utrecht o Leiden. Al parecer la Federación provincial constituía un mosaico poco homogéneo en cuanto al grado de permisión y apertura hacia otros cultos. En un país que se reivindicaba como una república calvinista en toda regla —es decir: con muy poco espacio para otras confesiones, especialmente para católicos— la discriminación religiosa y los “brotos de violencia popular contra los católicos” sucedían ocasionalmente (pp. 38-40). El autor incide en que es bastante impreciso e inadecuado hablar en términos generales de la tan mentada “tolerancia holandesa” (p. 39). La libertad de conciencia era una promesa formalmente asumida por la Unión de Utrecht (1579); sin embargo, “con las Provincias Unidas todavía en las etapas iniciales de la guerra con España, la lealtad de los católicos era sospechosa, más bien se los percibía como una amenaza interna a la República, una potencial quinta columna de agentes foráneos trabajando en contra de la independencia política y confesional” (p. 39)<sup>9</sup>.

Para el siglo diecisiete se aprecia como muy consolidada y extendida la doctrina del *enemigo interior*, congénita al surgimiento del Estado moderno, y que en Europa ya llevaba entre tres y cuatro siglos instalada, como lo muestra la persecución

de las comunidades judías sefardíes y musulmanas de la península ibérica desde la baja Edad Media. Los reinos peninsulares que serían el germen de esa España tan temida de “papistas” e inquisidores —que con tantos atrasos y prejuicios suele ser descrita por historiadores y politólogos del mundo anglosajón— estaban, en esta cuestión, tristemente muy avanzados. El panorama que describe Nadler explicita en todo caso la violencia religiosa *al interior* del propio cristianismo, una vez que este ya había consolidado su dominio político y cultural sobre los territorios en los que coexistía con otras confesiones. Habría que tener en cuenta, además, que el conflicto religioso no preanuncia sino que directamente combustiona y se retroalimenta del nacional y cultural; y esto hoy tanto como ayer. Muy evocativas, en este aspecto, son las alusiones de Nadler a las “iglesias ocultas en las casas católicas”<sup>10</sup> (p. 41) en Haarlem y otras ciudades flamencas. El autor nos deja aquí en el umbral de una reflexión que él no hace pero que roza, aparentemente sin darse cuenta.

Los tres siguientes capítulos, “Una vez en la vida” (pp. 87-110), “Una nueva filosofía” (pp. 111-142) y “Dios en Haarlem” (pp. 143-173) ahondan en el tronco y los recovecos de la filosofía cartesiana. Del pasaje de la física observacional a la aritmética y matematización como regla o principio vector del pensamiento, junto

<sup>9</sup> “With the United Provinces still in the early stages of war with Spain, the loyalty of Catholics was suspect; they were perceived to be an internal threat to the Republic, a potential fifth column of foreign agents working against political and confessional independence”.

<sup>10</sup> Se hace difícil no pensar, por ejemplo, en las mezquitas que se improvisan todavía hoy a escondidas en el barrio gótico de Barcelona. ¿Y qué decir de las familias catalanas que mantenían su lengua al interior de sus casas durante los años de plomo del franquismo?

con el rechazo de las substancias y de la metafísica aristotélica que ya se habían avanzado en el primer capítulo (pp. 23-29), Nadler se adentra en el análisis de las *Meditaciones metafísicas*. Se tratan aquí cuestiones de mayor abstracción teórica, pero que sin embargo no dejan de ser puntos ya muy discutidos del racionalismo cartesiano: las distinción entre error y verdad (pp. 95-97); el método de la duda radical (pp. 98-100); la dualidad mente-cuerpo (pp. 106-108); la hipótesis del genio maligno (p. 100) e, interesantísimo para investigadores contemporáneos preocupados por los fundamentos del gobierno del *self*, la prueba “ontológica” de la existencia de Dios que Descartes aporta<sup>11</sup>. El mérito de Nadler pasa aquí por reconstruir los argumentos desde dentro, sin cuestio-

narlos y con una prosa sencilla y amena. Sin perjuicio de que las razonables reticencias del autor al brillo y la pompa cartesiana se perciban a través de cierta ironía fina, como cuando comenta que, hacia el final de la *Quinta Meditación*, “el intelecto de Descartes ya tiene a Dios como garante” (p. 104). Se nota que la cuestión teológica y los conflictos políticos que de ella derivan inquietan a Nadler; pero no es hasta el final del libro que se atreve abiertamente a declarar que Descartes era un filósofo de “gran ambición e *hybris*” (p. 196). Quizás por este motivo sea tan loable su intento de reconectar las partes más significativas de su obra con la sociedad y el mundo del que emergió.

SILVINA VÁZQUEZ

---

<sup>11</sup> Nadler recuerda que la primera edición de las *Meditaciones metafísicas* llevaba por subtítulo: “En las cuales la existencia de Dios y la inmortalidad del alma son demostradas” (p. 109).